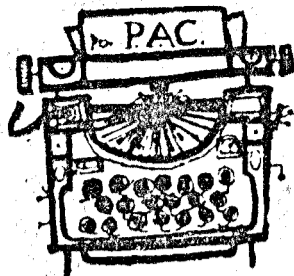


Nicaragua: una geografía asediada



Todas las tierras de América fueron descubiertas porque se dio con ellas o porque se hablaba de ellas y de sus riquezas. Sólo un país fue buscado por su geografía, por su desnuda, atrayente y peligrosa virtud geográfica: ese país fue Nicaragua. Ni oro, ni grandes imperios, ni mitos de ciudades doradas o de fuentes de juventud fueron su atractivo. Cristóbal Colón dio con ella buscando "un paso" a los dominios del Gran Kan. Buscando una ruta para la navegación interoceánica, un "Estrecho Dudoso", un desaguadero o río que unía los mares o los acercaba, fue descubierta, explorada y fundada Nicaragua por los Gil González, los Hernández de Córdoba, los Pedrarias; e incluso Hernán Cortés era esta incógnita geográfica la que quería despejar para su beneficio al atravesar el laberinto de selvas del istmo.

Geografía pura es la que atrae luego sobre Nicaragua las incesantes invasiones piratas. Geografía el motivo porque Inglaterra —potencia de los mares— nos arrebató y se posesiona por años de la Costa Atlántica. Geografía la que tienta a Walker a su aventura de fundar aquí el centro de un filibusterismo esclavista. Geografía la que motiva, con excusas políticas, las intervenciones. Geografía ("destino geográfico", decían nuestros abuelos) la que nos impone un tratado canalero que se convierte luego —por la misma razón— en un tratado que nos prohíbe el canal.

Por eso, hay que hablar con digna cautela, cuando nos referimos a la "abrogación del tratado canalero". Alegremos, sí. Gritar gritos triunfales... pase, pero recordando la frase de Leonardo de Vinci: "Dove si grida non é vera scienza" —donde se grita no hay buen conocimiento—. Porque no somos nosotros los que por nuestra fuerza o potencia hemos abrogado nada, —y sobre todo porque no hemos abrogado la geografía—, y con tratado o sin tratado, fuimos y seguimos siendo un pueblo débil montando guardia sobre una tierra, sobre un baluarte geográfico, asediado y codiciado.

En un caso así no es la fatuidad la que puede adiestrarnos para sostener sin claudicaciones y con plena dignidad el enorme peso de nuestra soberanía. La fortaleza de un país pequeño reside en la calidad moral de su pueblo, nada más. La soberanía no es un hecho jurídico gratuito que se nos da. Es el resultado de un proceso de formación, de educación jurídica que lleva al Estado, que refleja en el Estado, la consistencia moral de su pueblo. Si a un pueblo se le educa para la sumisión, su Estado reflejará ese servilismo. Si un pueblo está profundamente dividido en su interior por la explotación de su propio Gobierno, su actitud hacia el exterior será débil y su soberanía inevitablemente estará sellada por su propia incoherencia. Un pueblo no puede ser soberano hacia afuera y esclavo hacia adentro.

El Gobierno hace bien en echar las campanas a vuelo y en reunir al pueblo para celebrar un protocolo que formalmente nos libera de un contrato oneroso y humillante. Pero la soberanía no la hemos re-

cuperado a plenitud si solamente la ostenta el territorio y no el pueblo que puebla ese territorio; si solamente queda escrita en un papel —como una dádiva externa— y no es el fruto, el resultado, de una vivencia comunal, de una formación interna de dignidad, de una política nacional, que den contenido real y respaldo al protocolo.

Y aquí cabe preguntar: ¿podrá ser escuela de independencia la miseria explotada? ¿Podrá forjar dignidad el privilegio y la prebenda? ¿Podrá formarse un pueblo libre que monte guardia sobre su geografía asediada, con una política interna de sumisión a un poder casi absoluto? ¿Podrá ser digno por fuera el que se vende por dentro? ¿Brotará un rostro de unidad y fortaleza frente al extranjero, de un pueblo que soporta todo, a la fuerza, en su interior? ¿Es que la soberanía de los países débiles descansa en la fuerza? Para abrogar el tratado no hizo falta un ejército, como tampoco para firmarlo de nada nos sirvió tener ejército. Nuestra soberanía no descansa sobre la fuerza de un ejército sino sobre la entereza de un civismo.

Nuestra historia, a este respecto, nos ha dejado terribles lecciones. Ciertamente, los imperialismos son peligrosos. De ellos hemos sufrido humillaciones y destrucciones que han dejado cicatrices indelebiles en el cuerpo de la Patria. Sin embargo, las desmembraciones de nuestro territorio no han sido obra de los imperialismos sino dentelladas fraternas. Precisamente acabábamos de vencer a Walker, de liberarnos —a sangre y fuego— de un imperialismo, cuando perdimos el pedazo más importante y rico de nuestro territorio a manos de Costa Rica —un país más pobre y pequeño que el nuestro. Fueron nicaragüenses los que pidieron su anexión a Costa Rica, fortaleciendo así y respaldando su pretensión agresiva y fuimos nicaragüenses los que entregamos lo nuestro. ¿Por qué? ¿Por debilidad? —Sí. Pero esa debilidad qué la producía? La producía una política que aún perdura: una política de división, de odio, de imposición, de falta de libertad y de dignidad. Nuestra soberanía hacia afuera no descansaba sobre una soberanía hacia adentro.

En el caso contrario, en el caso de la reincorporación de la Mosquitia, acabábamos de recuperar ese territorio que nos volvió íntegro de manos de un imperialismo cuando el dictador (Zelaya) que llevó agua a su molino político de este acontecimiento nacional, dejó al mismo tiempo que se convirtiera en causa perdida otro gran pedazo de nuestro territorio en litigio con Honduras. ¿Por qué? ¿Por debilidad? —NO. Zelaya había incluso invadido y derrotado a Honduras. Pero Zelaya significaba la misma política interna de disolución de lo nacional.

Así nuestras victorias se han convertido en derrotas. ¿Por qué?

Porque hace falta todavía abrogar un tratado. Un viejo y ominoso tratado o trato interno que corta abajo, en el pueblo mismo, las raíces de dignidad, de convivencia, de justicia, que nutren nuestra soberanía.

PABLO ANTONIO CUADRA